

# ENCICLOPEDIA DE LA EUCHARISTÍA

ESTUDIOS, DISCURSOS, MATERIAS PREDICABLES  
Y CONSIDERACIONES  
SOBRE EL GRAN MISTERIO DE LA FE

DESDE LOS PUNTOS DE VISTA

EXPOSITIVO-EXEGÉTICO-FILOSÓFICO-TEOLÓGICO-CIENTÍFICO  
HISTÓRICO-CRÍTICO-ARTÍSTICO  
MORAL-JURÍDICO-LITÚRGICO-CEREMONIAL  
ORATORIO-ASCÉTICO Y MÍSTICO

EN PARTICULAR CON RELACIÓN AL MOVIMIENTO CATÓLICO-INTELLECTUAL Y SOCIAL DE NUESTROS DÍAS

## MONUMENTO Á JESUCRISTO SACRAMENTADO

NOTABLEMENTE ILUSTRADA EN SU PARTE HISTÓRICA  
CON HERMOSOS FOTOGRAFADOS DE LOS MÁS IMPORTANTES Y RENOMBRADOS  
OBJETOS Y MONUMENTOS ARTÍSTICOS,  
ANTIGUOS Y MODERNOS QUE CONSTITUYEN UN

### MUSEO ARTÍSTICO EUCHARÍSTICO MANUAL

POR EL

## RDO. P. FR. AMADO DE CRISTO BURGUERA Y SERRANO

DEL COLEGIO DE MISIONEROS FRANCISCANOS PARA TIERRA SANTA Y MARRUECOS  
(CHIPIONA-CÁDIZ)

*Notas facite in populis adinventiones ejus.*

I PARALIP. XVI, 8.

Haced notorias en los pueblos las invenciones de  
Dios.

LIB. I DE LOS PARALIPÓMENOS CAP. 16, V. 8.

## TOMO SEGUNDO

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ESTEPA  
IMPRENTA DE ANTONIO HERMOSO  
1905

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

45557



Biblioteca Universitaria  
Capilla Altares



BX 2215

A1

B8

V.2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLO

ES PROPIEDAD



## SECCIÓN III

(CONTINUACIÓN)

LA TRADICIÓN CONFIRMANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

### CAPÍTULO I

*La Eucaristía y los Doctores de la Iglesia*

Semejante la Iglesia Católica á un frondoso árbol plantado en tierra fértil, abonado con los sudores y la sangre del Hombre-Dios y regado con las continuas afluencias del cielo, no pudo por menos de rendir copiosos y exquisitos frutos á su tiempo debido.

Merced á esta sencilla razón, desde que el Salvador lo arraigara hondamente en este mundo, nunca ha cesado de ofrecer excelentes producciones que remedian las humanas indigencias, siendo una de sus principales los varones rectos y sapientísimos que desde S. Bernardo hasta nuestros días produjera, laureados con el sobrenombre de Doctores de la Iglesia.

Los Doctores, en efecto, son una continuación de los santos Padres, terminación de aquella larga cadena cuyos fuertes eslabones de oro se unen con ellos y con nosotros; estrellas rutilantes de segunda magnitud; huestes aguerridas del Señor; antorchas luminosas que brillan sobre el candelero; trompetas sonoras por donde se nos comunican los dogmas y preceptos de nuestra Religión augusta; y arcaduces

008980



limpísimos por donde corren las cristalinas aguas de la doctrina evangélica. ¿Qué alabanzas podré formular en obsequio de estos baluartes de la Iglesia? Muchos de los Doctores, inscriptos en el catálogo de los santos, prestan por este motivo una valiosa prueba de que sus doctrinas poseen autoridad de gran peso, digna de ser bajo todos conceptos respetada y considerada. Varones sumamente diestros como el Maestro de las sentencias, irrefragables en los argumentos como el Alense, de claro y elevado ingenio como el Angélico, de ciencia, virtud y dulzura unidos como el Seráfico, de profundidad inmensa como el Sutil, universal en las ciencias como el Admirable, ilustres en los conocimientos humanos á la par que piadosísimos como Gerson, S. Lorenzo Justiniano y S. Francisco de Sales, teólogos seguros y suavísimos como S. Antonino de Florencia y S. Alfonso de Ligorio, espirituales como Sto. Tomás de Villanueva y Sta. Teresa de Jesús, etc. etc. Díganos, ahora, los hombres ilusos y de corazón perverso si ha habido ciencia, arte y literatura en el mundo, respecto de las cuales la Iglesia no haya producido algún insigne y virtuoso doctor. Antes por el contrario, si algunas ciencias conocen los que tratan hoy al clero de retrógrado é ignorante, las deben precisamente á los sacerdotes y á los religiosos. Los sabios que no fueron eclesiásticos adquirieron toda su ciencia al amparo de la Iglesia. Empero algunos desdichados por malicia, otros por adulación y muchísimos por seguir la corriente de los que pretenden pasar por eruditos, han hablado y escrito contra las producciones científicas y literarias de la Iglesia. Estas tres clases de personas que no han tenido otro interés que lisonjear á los potentados y á aquéllos de quienes esperaban conseguir algún favor mezquino, y de cubrir asimismo su crasa ignorancia, han declamado contra la utilidad de la Iglesia en la sociedad. No era la convicción la que les impelía á hablar de esa manera, era más bién el interés, la malicia, la ignorancia aun afectada, pues muchos hablaron sin saber lo que decían. Los sabios en efecto, no se forman en los cafés, ni en los teatros, en las casas de perdición y de juego;

la frecuencia de semejantes lugares impide la claridad en el entendimiento, el vigor en la voluntad y el recuerdo en la memoria. Siendo cierto que las alas espaciosas con que vuela toda inteligencia que pretende desarrollarse, son la continencia y mortificación de apetitos desordenados, éstas no se encuentran sino en el seno de la Iglesia, en la que generalmente sus buenos hijos son castos de hecho, y aun más especialmente en los claustros religiosos donde se practican estas bellas virtudes con más celo y donde el silencio, madre de genios reflexivos, se halla sin ningún obstáculo. Pero basta. Si el lector comprende que esto le puede servir de exordio y de aviso al mismo tiempo, acéptelo, y nosotros pasaremos á ver mientras tanto qué es lo que enseñan nuestros doctores acerca de la Eucaristía.

Es sublime, ciertamente, la doctrina de nuestros ilustres Doctores. Su fe demostrada por los concienzudos artículos que escribieron; su devoción manifestada por las dulces frases que profirieron y su amor declarado por las relevantes ideas que demostraron, nos arrebatarán hacia el divino objeto que nos ocupa, como vamos á verlo inmediatamente.

Contestando Lanfranco (1) al argumento que Berengario le opuso para negar la presencia real de Cristo en la Eucaristía, dice: «Cierto; en sí mismo una vez fué inmolado Cristo, porque en la manifestación de su Cuerpo en la cruz, y extensión de sus miembros en la misma, el verdadero Dios y verdadero Hombre, Jesucristo pendió una vez tan sola del leño de la Redención, ofreciéndose á sí mismo á su Padre en hostia viva, pasible, mortal y eficaz para la redención de los vivos y de los muertos, esto es: de aquéllos que la alteza del divino consejo, previó, predestinó y llamó; mas esto no impide que se ofrezca también todos los días al Padre, en el Sacramento que la Iglesia frecuenta en memoria del de la Cruz, en el cual se inmola, se divide y se come todos los días la carne del Señor y se bebe su sangre contenida en el cáliz. Ambas son reales y verdaderas; ambas son tomadas del seno de la Virgen Santísima.

(1) De Euchar, adv. Bereng.



Otra objeción oponía Berengario para destruir la verdad de la presencia real de Cristo en la Eucaristía: «La carne de Cristo es incorruptible, decía, los Sacramentos del Altar si se guardan por mucho tiempo pueden corromperse; pues vemos que entran en putrefacción». Advierta el lector que por las palabras de este hereje se desprende que antiguamente, ó al menos en su tiempo, había costumbre de reservar la sagrada Eucaristía bajo las dos especies, y por eso dice en plural Sacramentos. A semejante objeción, respondió el arzobispo Guitumundo: (1) «¡Oh lengua calumniadora! ¡Oh lengua acostumbrada á las blasfemias; más pronta para sacar violentamente de las escrituras divinas su perdición, que para percibir con los fieles la refección saludable! Creyó á las santas escrituras que afirman que Cristo es incorruptible, y no las creyó, diciendo el mismo Cristo en ella: El pan que yo os daré es mi carne para la salud del mundo, al contrario á esto pone corrupción. Véase, por lo tanto, que á los hombres depravados según su infidelidad, les parece ser el pan divino corruptible y sujeto á la putrefacción; y así como está escrito: será quitado el impío para que no vea la gloria de Dios, sino que siempre sueñe de Dios cosas ignominiosas, siempre medite los escándalos y sea Cristo para él piedra de ofensión y piedra de escándalo (2). Mas para nosotros, aquel pan celestial de Dios, aquella Eucaristía, aquel divino maná que del Inmaculado Cordero es hecha carne impasible, la recibimos nosotros de los sagrados altares, por el cual vivimos y somos sanados de la corrupción; jamás se corrompe, jamás pasa al estado de putrefacción, porque como Él nos renueva de día en día, nunca Él mismo conoce hacerse viejo».

«Ésta es la *hostia pura*, (3) exclama el peritísimo Odón obispo de Cámara, no las de la antigua ley; porque éstas eran de animales irracionales, en las que sus carnes estaban llenas de asco é inmundicia y despedían un hedor pesti-

(1) De veritate Euchar. Lib. II.

(2) S Petr. II.

(3) Expositio sacri Canon.

lente y que por la trituración de sus dientes quedaban reducidos á estiércol y podredumbre. Mas la Hostia del Sacramento Eucarístico es pura, porque, aun cuando sea verdadera carne y sangre, sin embargo es espiritual é incorruptible. Se divide y no puede consumirse; se consume y permanece incorrupta; se desmenuza y se queda ilesa; se parte y resulta siempre íntegra. Esta hostia es carne, y no carnal, sino luz incontaminada, y por lo tanto pura. Es cuerpo y no corporal, sino resplandor y antorcha espiritual, y de consiguiente pura. «Es pura, porque limpia; es pura, porque purifica; es pura, porque es divina. Además: esta hostia es santa. Las hostias de la ley antigua eran ciertamente santas, pero no eran santas por sí mismas; aquéllas eran imperfectas y de consiguiente menos santas; mas ésta es perfecta y plenamente santa; aquéllas remitían el pecado de uno solo, y ésta borra los pecados de todo el mundo; en aquéllas tan solamente había remisión, pero en ésta hay precio pleno y redención perfecta. Asimismo es *inmaculada*, esto es: limpia de todo género de culpa, como concebida y nacida sin pecado, y luego vivió en el mundo sin pecado y por consiguiente inmaculada. Fué concebida sin intervención de obra humana, por sola virtud divina, y por tanto inmaculada. Es obra que sólo hizo Dios y no otro, por lo cual, finalmente, es inmaculada... Por cuya causa amonestamos á que el pan que se ponga en el altar debe ser candidísimo, de tal suerte, que aparezca en la figura lo que se predica de la substancia; que se vea pura é inmaculada la exterior figura, cuya substancia interior es pura é inmaculada».

Disputaba el venerable y diestro Sammone, arzobispo de Gaza, con un sarraceno llamado Achmed al objeto de hacerle ver la realidad de la transubstanciación del pan en el cuerpo de Jesucristo y del vino en su sangre, cuando después de varias explicaciones, al hacerle la comparación de que así como el hombre toma el pan y, comiéndolo, lo convierte en sus carnes, y haciendo otro tanto de la bebida la asimila en parte y que de un modo semejante sucede en la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo: accedió á lo que



predica la fe católica. «El sacerdote, decía al arzobispo, toma el pan y el vino, y poniéndolos sobre la mesa, hace una deprecación; por ella baja el Espíritu Santo y sobreviene en lo que está propuesto, y por el fuego de su divinidad convier- te el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo (1)».

«Nuestra fe es segura, añade Esteban, obispo Eduense, (2) y en verdad se ha de creer, que profiriendo el sacerdote estas palabras: «Éste es mi cuerpo», ya no es pan terreno, sino aquel pan que descendió del cielo, Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres. Asimismo, por virtud de las siguientes palabras: «Ésta es mi sangre» el vino se convier- te en su sangre. Bajo ambas especies y bajo cada partícula de las dos especies está presente Cristo-Jesús; se recibe al que está sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre; Él mismo está verdaderamente en este Sacramento; es desme- nuzado por los dientes (3) y persevera íntegro. «He aquí por consiguiente una completa confesión de fe. A nadie le parezca imposible el milagro que obra el Divino Salvador al convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, por- que como dice el erudito Algero: ¿Cómo ha de parecer im- posible que la carne del Hijo de Dios, que es mucho más espiritual y más poderosa que nuestra palabra, esté toda é íntegra en la boca de todos los que la reciben, siendo así que nuestra palabra, siendo una, se halla toda é íntegra en las orejas de todos los que la oyen...? Mas, ¿de qué nos admiramos de que Cristo sea comido y permanezca al mis- mo tiempo íntegro, si la viuda de Sarepta, según atestigua la Escritura, comía no menos, de la harina al paso que ésta no se disminuía? (4)».

No menos confirma la real presencia de Cristo Sacramen- tado la autoridad del célebre Durando, obispo de Laodicea, quien, escribiendo al católico rey de Francia, Enrique, le dice entre otras, estas palabras: «Oigo que corren por aquí

(1) De sacram. altaris.

(2) De sacram. altaris, cap. XV.

(3) Alude á la disciplina de su tiempo por la que había costumbre de hacer las hostias consagradorias de bastante magnitud y espesor.

(4) De sacram. Lib. I, cap. 15, c.

las doctrinas de Bruno, obispo Andegavense y de Be- rengario de Tours acerca de la Eucaristía. Sostienen que el Cuerpo del Señor en la Hostia no es tal Cuerpo, sino sombra y figura de su Cuerpo. Exhortamos por lo tanto á V. M. á que mientras no tengamos licencia de la Sede Apos- tólica para condenar á este obispo y al arcediano, despre- ciéis la aserción de ellos como impía, sacrílega y desprecia- ble. Si dicen los santos Padres que en la Hostia consagrada está la carne propia y real del Redentor, ¿cómo se atreven á sostener que es sombra ó figura de ella?»

Los que duden acerca de este misterio Eucarístico, acó- janse á las palabras de Ricardo de S. Víctor el cual bella- mente exclama: «Señor, si existe error en este misterio, por ti hemos sido engañados; pero no es así, porque tal Sacra- mento está confirmado con tantos y tales milagros que nos- otros no podemos negarlos, los cuales por nadie han po- dido ser obrados sino por ti». (1) En semejantes frases hay dos irrefragables argumentos: 1.º el de la veracidad de Dios que no nos puede engañar, y 2.º la prueba de los milagros los cuales nadie puede rechazar, ni poner en duda.

¿Qué diremos de los elogios, de las excelencias, de las prerrogativas que nuestros eminentes doctores predicán del Augusto Sacramento?

Hugo de S. Víctor, (2) hablando de los efectos que debe obrar en nosotros, dice: «Comamos, hermanos, alegremente la Pascua; esto es, el Cuerpo del Señor, y no sólo la comamos sino que la hagamos. Pasemos en cuanto podamos de la soberbia á la humildad, de la envidia á la caridad, de la ira á la tranquilidad, de la acedia al gozo, de la avaricia á la largueza, de la ebriedad á la sobriedad, de la lujuria á la castidad. Hagamos la Pascua, hagamos el tránsito, pues esto significa Pascua. Pasemos de las tinieblas á la luz, de la mentira á la verdad, del vicio á la virtud. Pasemos del mal al bien, del mundo á Dios, de tal manera que muramos para el mundo y vivamos para Dios».

(1) Lib. IV de Trinitat. cap. 2.

(2) Serm. 27.



Hugo de S. Caro, sobre las palabras que preceden á la consagración, exclama: (1) «No vendió Jesucristo á sus discípulos el pan que había consagrado, antes bien lo dió á todo corazón gratuitamente», de donde colige que este Sacramento se debe distribuir á los fieles gratis y con el mismo amor que Jesucristo. «Por el bautismo, dice el Maestro de las sentencias, Pedro Lombardo, (2) nos limpiamos, y por la Eucaristía nos consumamos en el bien. Así como el pan sustenta al cuerpo más que los demás alimentos, y el vino alegra y embriaga al hombre, así la carne de Cristo sustenta y engruesa al hombre interior de gracias espirituales más que los demás alimentos del alma». «Este sacramento, añade el irrefragable doctor Alejandro de Alés, fué representado por varias figuras, entre las cuales enumera ocho, ya por razón de su dignidad, ya por razón de la dificultad que hay para creerlo, ya finalmente, por razón de la significación. Fué por razón de lo primero, porque este Sacramento, de entre todos los de la nueva ley, es el más excelente y el don más rico que Dios nos ha dado; por razón de lo segundo, porque se hace más difícil que los demás para ser creído, por lo cual convenía que fuese anticipado por medio de figuras; y por razón de lo tercero, porque ya que en este sacramento se signa y se contiene el mismo Cristo que padeció por nosotros, por el cual se da la vida á los fieles, era muy conforme que antes de padecer fuese denotado por algunos símbolos (3)».

S. Alberto el Grande, doctor escolástico, apellida á (4) este Sacramento Buena Gracia, porque contiene á Cristo que es el lleno de gracia y fuente universal de los carismas. Las razones que aduce este santo las refiere el cardenal Torquemada (5) que podrá ver el lector si le place.

El franciscano Ricardo de Mediavilla, (6) compendiando en

(1) Com. in Math.

(2) Lib. Sent.

(3) Trac. de Euchar.

(4) Tract. de Corpore Christi.

(5) Super can. Nihil in sacrif. de cons.

(6) Tract. de almo Euchar. Disport. X, Quæst. I, Conclus. III.

LA EUCARISTÍA Y LOS DOCTORES DE LA IGLESIA 13  
un verso los efectos de la sagrada Eucaristía, exclama: «Esta Hostia santa:

Inflama, conmemora, sustenta, preserva y enriquece,  
Repara, purga, da vida y une.

Confirma en la fe, apaga el fomes del pecado y fortalece». Verso que comentó Henno, doctor de la misma Orden, diciendo: «Inflama la Caridad; conmemora la muerte del Salvador; sustenta la vida del alma contra los pecados sobrevenidos por humana fragilidad; preserva contra las diabólicas tentaciones; enriquece la esperanza; repara comunicando el gozo espiritual; da la vida, esto es: el aumento de la vida del espíritu; une con Cristo al que la come, haciéndole en cierto modo uno con Él; confirma en la fe que se ha recibido; apaga el fomes del pecado, ó los movimientos de la carnal concupiscencia, al menos indirectamente, á saber: en cuanto aumenta la caridad; y finalmente, fortalece contra las tentaciones diabólicas».

Aquella Arca del Testamento, como le llamaba el Papa Gregorio IX, S. Antonio de Padua, (1) daba á la Eucaristía los dulces nombres de «pan vivificante, letificante, fortificante y beatificante; pan celestial, pan angélico y bienaventurado; pan de los elegidos que conduce á la eterna vida». Germano, patriarca de Constantinopla, le apellidaba *arca de luces*. Mateo de Worms, «memorial de la redención, prenda de la eterna vida, preludio amable de la futura alegría, arras de la esposa, ligadura suave de la Iglesia militante con la triunfante y unión fraterna de los de la tierra con los del cielo, porque mientras en éste se goza de la dulzura, sin enigma ni celaje alguno, en aquélla se goza bajo el Sacramento; y si la celestial Jerusalén posee á su Dios con más alegría, la Iglesia militante lo posee con más admiración».

«Éste es el pan sobresubstancial, continúa Pedro de Laodicea, patriarca de Constantinopla, Cristo Jesús que se nos da en el sacramento para que le comamos».

¿Qué tiernos sentimientos no demuestra el doctor Angé-

(1) Serm. de Euchar.



lico? (1) «Oh precioso y admirable convite, exclama, saludable y lleno de toda suavidad. ¿Qué cosa puede haber más preciosa que este convite, en el cual no se nos proponen para comer las carnes de los becerros y machos de cabrío, sino á Cristo, verdadero Dios? ¿Qué habrá más admirable que este Sacramento? pues en él mismo, el pan y el vino se convierten substancialmente en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; por lo tanto: debajo de las especies de pan y vino se contiene Cristo, perfecto Dios y Hombre. Es comido por los fieles; pero ninguno de éstos le despedaza: antes bien, dividido el Sacramento, permanece íntegro bajo cualquier partícula de la división. Los accidentes subsisten sin sujeto en el mismo Sacramento para dar lugar á la fe, mientras que por lo visible se toma lo invisible, ocultado bajo ajena especie... Se ofrece este Misterio en la Iglesia por los vivos y por los muertos, con el fin de que á todos aproveche lo que se instituyó por la salud de todos... y se recuerda su memoria, la que Cristo mostró en su Pasión en testimonio de su excelentísima caridad». He aquí en pocas palabras gran parte de la fe del misterio eucarístico.

«Asómbrate, oh cristiano, añade el seráfico doctor San Buenaventura, de aquella cariñosa dignación é indulgente caridad con que se nos dió Cristo á sí mismo y se nos dejó por manjar. Haced esto en memoria de mí, dijo á los apóstoles. Esta es, ciertamente, la memoria que debería abrasar y embriagar el alma agradecida cuando la recibe, ya comiendo, ya meditando con fidelidad, y que debería transformarla totalmente en el mismo Señor por la vehemencia del amor y de la devoción. Pues no podía dejarnos cosa más amable, más dulce y más útil que á sí mismo. El mismo que recibimos en el Sacramento es Aquél mismo que tomó carne maravillosamente, y nació de la Virgen, y por tí sufrió la muerte; y el que resucitando y subiendo gloriosamente á los cielos se sienta á la diestra de Dios. El mismo que creó el cielo y la tierra y todas las cosas y el que las gobierna. De Él es de

(1) Brev. Rom., in fest. Corp. Christi.

quien depende nuestra salud y en cuya voluntad y poder está el darte ó no darte la gloria del Paraíso. Él es quien, en la pequeña hostia, se te ofrece y se te da. Él es en fin, nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios vivo (1)».

¿Qué diremos de la doctrina Eucarística del V. doctor sutil Fr. Juan Dunsio Escoto, príncipe y maestro de la Religión Seráfica? Aunque tan injustamente calumniado por algunos de sus enemigos, la doctrina de Escoto acerca de la Eucaristía está confirmada por el cielo; porque si á Sto. Tomás de Aquino le fué dicho por el mismo Jesucristo: Bien escribiste de Mí, Tomás, esto es: de lo perteneciente á la Eucaristía, añadiendo: «¿Qué quieres por tanto trabajo? la doctrina eucarística del doctor Mariano Escoto, fué corroborada por uno de los príncipes de la gerarquía celestial, del modo siguiente: Deseaba el Bto. Amado Lusitano salir airoso de las muchas dificultades que se le presentaban sobre la Eucaristía y, no sabiendo cuál doctor de los clásicos escoger para vencerlas, el arcángel S. Gabriel que le revelaba los arcanos divinos contenidos en el nuevo Apocalipsis que este beato escribió, llevándole en espíritu á la mansión celeste le hizo ver, cuán del agrado de Dios eran los escritos del doctor sutil, añadiéndole para sacarle de sus dudas: «Siente del Sacramento del Altar conforme escribió de Él un doctor de tu Orden, que está lleno de santidad y que fué el primero que desenvainó la espada por la Inmaculada Concepción de la V. María, Madre de Dios y Señora Nuestra». Ahora bien: el primero que desenvainó esta espada fué Escoto, como nadie ignora, luego sus escritos son seguros y recomendables. Que esta visión fué verdadera y real, lo declaró el mismo beato en su Apocalipsis: lo dicen todas las crónicas franciscanas y lo defiende muy bien el P. Giménez Samaniego en la vida de Escoto. Corrobóralo además, el ferviente amor del V. Dunsio hacia Jesús Sacramentado, pues todo él no respiraba otra cosa que encendido y puro fuego hacia Dios y en particular hacia el presente Misterio». El P.

(1) Medit. de la vida de Cristo. Medit. 73.